



CAPITULO SEIS



MENTIRAS QUE LAS MUJERES CREEN... ACERCA DEL MATRIMONIO

Lo que ocurrió en el Huerto del Edén hace miles de años no solo fue un ataque contra Dios y contra dos personas, sino contra el matrimonio. El matrimonio fue creado por Dios para reflejar su gloria y ser un instrumento para sus propósitos redentores. Al dañar esta sagrada institución Satanás propinó un duro golpe al plan eterno de Dios. No es casual que Satanás pusiera en marcha su nefasto plan al acercarse a una mujer casada. Le mintió acerca de Dios, de su carácter divino y de su Palabra, y le mintió acerca del pecado y sus consecuencias. Ella le creyó, obró conforme a su mentira, luego invitó a su esposo a pecar también. Las consecuencias en su matrimonio fueron abismales.

La vergüenza tomó el lugar de la libertad. En vez de transparencia y comunicación vino fingimiento y encubrimiento. La unidad de la que gozaban Adán y Eva en su estado original llegó a convertirse en hostilidad y enemistad no solo con Dios, sino hacia el otro. En vez de dirigir con amor a su esposa el hombre caería en los extremos desde el control dominante hasta la indiferencia y la pasividad. La protección que había recibido la mujer bajo su “cabeza” espiritual se perdió, y la independencia que mostró hacia Dios ahora se manifestaba hacia su esposo, lo cual la exponía a más engaños, pecados y ataques. Lo que fue diseñado como una relación íntima y fructífera entre un hombre, una mujer y su Dios se convirtió en un campo de batalla. Y así ha ocurrido con cada matrimonio desde entonces.

Al igual que sucede con cualquier área de nuestra vida, el engaño es el mayor instrumento de Satanás para destruir el objetivo que Dios se trazó con el matrimonio. Si el diablo logra que el esposo y la esposa crean y actúen según sus mentiras, tendrá éxito en su plan de esclavizarlos, robarles el gozo y destruir sus relaciones. Inventa infinidad de mentiras. Mentiras como...



21. NECESITO CASARME PARA SER FELIZ

Como sucede con otras mentiras, esta constituye una distorsión sutil de la verdad. La verdad es que el matrimonio es bueno y correcto, que es el plan de Dios para la mayoría de las personas y que hay (y debe haber) gran gozo y bendición en el matrimonio centrado en Dios. Satanás tuerce la verdad acerca del matrimonio al insinuarles a las mujeres que su objetivo es la felicidad y la realización personal, que no pueden ser felices sin un esposo que les ame y supla sus necesidades. Después de conseguir un esposo, muchas mujeres comienzan a creer la siguiente variación de dicha mentira: “Mi esposo tiene que hacerme feliz”.

La verdad es que el objetivo último del matrimonio no es hacernos felices, sino glorificar a Dios. Las mujeres que se casan con el propósito de encontrar la felicidad se alistan para una gran decepción y pocas veces encuentran lo que buscan. Las mujeres que creen que necesitan un esposo para ser felices con frecuencia terminan en relaciones que Dios nunca planificó. Muchas mujeres actúan según esa mentira casándose con hombres incrédulos en abierta contradicción con la enseñanza de la Palabra de Dios. Aunque logran lo que deseaban (casarse con un hombre), en su vida espiritual y en su alma hubo mortandad (**Sal.106:15**).

La verdadera libertad solo viene si se reconoce y se acoge la verdad, ya sea con un esposo o sin él. La verdad es que la felicidad no se encuentra en (o fuera del) matrimonio. En ninguna relación humana se encuentra la felicidad. El verdadero gozo solo se encuentra en Jesucristo. La verdad es que Dios ha prometido suplir todas nuestras necesidades, y si Él considera que un hombre puede hacer que le glorifiquemos entonces traerá un esposo.

La verdad es que el contentamiento no radica en tener todo lo que deseamos, sino en decidir estar satisfechas con la provisión de Dios. La verdad es que las personas que insisten en hacer su propia voluntad terminan casi siempre en aflicciones. En cambio, los que esperan en el Señor siempre obtienen lo mejor de Él.



22. ES OBLIGACION CAMBIAR A MI ESPOSO

La mayoría de las mujeres nacimos con la inclinación de querer arreglarlo todo. Si algo está mal, nos apresuramos para arreglarlo. Si alguien se equivoca, de inmediato lo corregimos. El instinto es casi irresistible, en especial hacia los que viven bajo su mismo techo. No obstante, esta idea de que somos responsables de cambiar a otros solo se traduce en frustración y conflicto. Dentro del matrimonio esta mentira hace que la mujer pierda de vista su propia necesidad de cambio y su andar con el Señor, lo cual sí es su responsabilidad. Además, centra su atención en las carencias y faltas de otros, en lo cual es casi improbable lograr algo. El hecho es que ella no puede cambiar el corazón de su esposo (o de sus hijos). Más bien puede ayudar al Espíritu Santo en la tarea de cambiar su propio corazón.

Si una esposa se preocupa por corregir las imperfecciones y faltas de su esposo en realidad asume una tarea que Dios nunca le encomendó, y con toda seguridad terminará frustrada y resentida con su esposo y quizás con Dios mismo. También podría estorbar la obra transformadora de Dios en su esposo. Muchas esposas cristianas no comprenden que tienen a su disposición dos “armas” poderosas y mucho más eficaces que los regaños, las quejas y los sermones. La primera es una vida piadosa que Dios usa para traer convicción y hambre espiritual al esposo (**1P.3:1-4**). La segunda es la oración. Si una esposa persiste en señalarle al esposo sus faltas lo más probable es que él se resista y trate de defenderse. Por el contrario, si ella entrega su preocupación al Señor acude al poder supremo que puede obrar en la vida de su esposo.

Con respecto a esto hay un ejemplo, y es el de María la madre de Jesús. Un ángel se le apareció y le dijo que iba a ser la madre del Mesías. Lo cual era una experiencia extraordinaria. Sin embargo, también era una situación muy delicada. Al parecer, José no creyó en un principio lo que ella le contó. Él no había visto al ángel. Tenía motivos para

pensar que ella le había sido infiel. Las Escrituras no sugieren que María haya presionado a José para creerle acerca del mensaje divino que ella había recibido. Antes bien, esperó en Dios y le dio la oportunidad de comunicarle el mensaje directo a su esposo, y eso fue justo lo que sucedió. Después de que el ángel se le apareció a José, él creyó y reaccionó de inmediato. María era una mujer que sabía guardar y pesar las cosas en su corazón (**Lc.2:19**). Ella esperó sin afán porque conocía el poder de Dios y confiaba en Él para llevar a cabo el plan para su vida y su familia.



23. MI ESPOSO DEBE SERVIRME

En las últimas décadas ha surgido un movimiento importante que anima a los hombres a convertirse en hombres de Dios amante de su esposa y de sus hijos, que expresan su amor mediante el sacrificio y el servicio. Ha sido maravilloso ver cómo Dios mueve a los hombres a volver el corazón de cada uno de ellos a su hogar y a Él. Con todo, a pesar de esta bendición, las mujeres siempre debemos recordar las tareas primordiales que nuestro Dios, en Su Palabra, nos ha encomendado.

En el mundo evangélico de hoy se acepta como gesto de cortesía que el esposo sirva a su esposa en el hogar. No puede decirse lo mismo de las mujeres en cuanto a su responsabilidad de servir a su esposo. La verdad es que Dios no hizo al hombre para ser una “ayuda” para la mujer. Hizo a la mujer para que fuera una “ayuda” para el hombre. Por supuesto que esto no significa que el esposo no deba servir a su esposa e hijos. Si los hombres deben amar la esposa de cada uno de ellos como Cristo amó a la iglesia deben mostrar la misma disposición de entregar su vida y volverse siervos tal como Cristo lo hizo por su Novia.

No obstante, si nosotras como mujeres solo pensamos en lo que “merecemos”, en nuestros “derechos” o en lo que los hombres “deberían” hacer por nosotras, es muy probable que nos sintamos heridas y enojadas cada vez que nuestras expectativas se van al piso. La bendición y el gozo vienen si en vez de recibir buscamos dar, bendecir, servir y ayudar de muchas formas según las necesidades de nuestra familia. En gran medida nuestras ideas como mujeres han sido moldeadas por el movimiento feminista moderno que se ha esforzado por menoscabar el valor de la mujer en el servicio práctico en su hogar.

La verdad es que no existe otra manera de asemejarnos más a Jesús que servirlo a Él y a los demás. No hay un llamado más alto que el de ser siervo. Una de las cosas que más impresionan de “la mujer virtuosa” de Proverbios 31 es su total abnegación. Ella no va en pos de “su realización personal”, no está ocupada por avanzar en “su carrera”, ni por tener su propia cuenta bancaria o ser reconocida por sus propios logros. Más bien se muestra por completo indiferente a sus necesidades e intereses y se preocupa antes por encontrar la forma de suplir las necesidades de su esposo e hijos, y de otros en su comunidad. Echemos un vistazo a la vida de esta mujer:

- Está bien vestida (**v.22**).
- Ella y su familia tienen alimento y bienes suficientes para compartir con otros (**v. 15,20**).

- Lleva una vida ordenada, tiene una vida emocional estable y libre del temor del futuro (v.21, 25).
- Su esposo se desvive por ella, le es fiel y se siente como “uno entre un millón”. Así se lo hace saber y hace alarde de ella delante de sus amigos (v.11, 28-29, 31).
- Sus hijos la honran y la alaban (v. 28).

El mundo describe a la ama de casa como una mujer oprimida, pero esta descripción no parece de una mujer oprimida. De hecho, ¿qué mujer no se sentiría dichosa de tener todo eso? Más bien hay que preguntarse ¿cómo logró obtener semejantes “beneficios”? no fue por insistirle a su esposo que ayudara con las tareas domésticas (aunque no tiene nada de malo que los hombres lo hagan), sino por elegir el camino del servicio y hacer de él su máxima prioridad (después de su relación con Dios) a fin de suplir las necesidades de su familia.



24. *SI ME SOMETO A MI ESPOSO SERÉ INFELIZ*

La sumisión no es un problema exclusivo de las mujeres de hoy. De hecho, en eso radicó el asunto que Eva afrontó en el Huerto del Edén. La esencia misma de la insinuación de la serpiente para la mujer fue: ¿Acaso Dios tiene derecho de mandar en tu vida? Con esto, Satanás dijo: “Tú puedes gobernar tu propia vida, no tienes que someterte a la autoridad de otro”. Convenció a Eva de que someterse a la dirección de Dios la haría infeliz y que perdería algo grandioso en la vida. Desde aquel día Satanás hace un trabajo magistral al convencer a las mujeres de que la sumisión es una idea severa, negativa y restrictiva. Convirtió una verdad hermosa, santa y poderosa en algo horrible, aterrador e indeseable.

Satanás sabe que si vemos la verdad acerca de la sumisión bíblica, que es uno de los mayores principios liberadores de la Palabra de Dios, la abrazaríamos con gozo. Nos estorba para escoger el camino de la sumisión porque sabe que si lo hacemos ya no tendrá autoridad alguna sobre nuestra vida ni sobre la vida de nuestros seres amados. En el corazón de la naturaleza humana caída hay un conflicto con la autoridad. No queremos que persona alguna nos diga lo que tenemos que hacer. Queremos dirigir nuestra propia vida y tomar nuestras propias decisiones. A los niños pequeños no les gusta que les prohíban tocar algunas cosas. Los adolescentes detestan que se les señale la hora de ir a dormir. Los adultos no queremos que nos prohíban conducir a más de 60 km por hora en ciertas carreteras o que nos obliguen a usar el cinturón de seguridad. En el caso de la sumisión la idea de que una esposa se someta a la autoridad de su esposo es un tema singular de controversia para muchas mujeres, incluso en las iglesias cristianas. Creo que esto se debe en parte de la falta de enseñanza bíblica y de comprensión acerca de su verdadero significado. En este caso también existe una extensa variedad de mentiras de Satanás.

MENTIRAS ACERCA DE LA SUMISIÓN

1. **“La esposa es inferior a su esposo”.** Las Escrituras enseñan que tanto el hombre como la mujer fueron creados a imagen de Dios, que tienen el mismo valor para Él, y que ambos pueden recibir su gracia redentora mediante el arrepentimiento y la fe

(Gn.1:27; Gá.3:28; 1P.3:7). La responsabilidad de una esposa de someterse a la autoridad de su esposo no significa que tenga un valor o importancia inferiores a él.

2. **“Por ser cabeza de su esposa, el esposo puede ser áspero o tirano con ella”.** A los esposos se les ordena amar a sus esposas como se aman a sí mismos, y con la misma actitud de servicio, abnegación y sacrificio que el Señor Jesús mostró hacia su Iglesia hasta entregar su vida por ella **(Ef. 5:25-29)**.
3. **“La esposa debe callar ante su esposo y no manifestar sus opiniones”.** Dios creó a la mujer para ser la “ayuda idónea” de su esposo. Eso significa que él la necesita. Necesita escuchar las ideas y puntos de vista que ella manifiesta respecto a diversas situaciones. Por otro lado, después que la esposa comunica lo que piensa con gracia y humildad, si su esposo elige obrar de otra manera, ella debe entregar eso a Dios y confiar en Él con respecto a las consecuencias de aquella decisión.
4. **“El esposo siempre tiene la razón”.** El apóstol Pedro habla a mujeres cuyo esposo “no creen a la Palabra”. Tal vez el esposo sea incrédulo o desobediente en algún aspecto de su vida. Según **1 Pedro 3:1-2**, el modo más eficaz para influir en un esposo incrédulo no son los regaños, ni las discusiones con argumentos, ni las continuas advertencias. Más bien es el poder de la sumisión.

LA VERDAD LIBERADORA ACERCA DE LA SUMISIÓN

Dios ideó la autoridad como el medio para proveer amparo espiritual y protección. Por ejemplo, un padre no es cruel o tirano por decirle a su hijo de dos años que no cruce la calle solo, pues él sabe que afuera hay automóviles “peligrosos” y es su deber proteger a su hijo. Aquel padre ejerce su autoridad para proteger a su hijo (aunque él ni se percate de su necesidad de protección). Al someternos al amparo espiritual de las autoridades que Dios ha establecido en nuestra vida gozamos de su protección. Por el contrario, si persistimos en hacer las cosas a nuestra manera y desatendemos dicha protección nos exponemos a la obra y a los ataques de Satanás.

La razón por la cual muchas esposas cristianas son susceptibles a los ataques de Satanás contra su mente, su voluntad y sus emociones radica en que rehúsan someterse a la autoridad del esposo de cada una de ellas. Al evadir esa autoridad en asuntos de importancia o que parecen insignificantes, nos convertimos en el “blanco” del ataque de Satanás. Eso no significa que si una esposa permanece bajo autoridad será protegida en situaciones de sufrimiento o maltrato. Según las Escrituras es posible que una persona justa y sumisa sufra persecución, la cual puede manifestarse como maltrato. Primera de Pedro da una respuesta práctica al propósito de Dios con el sufrimiento y la manera como es posible conducirse enfrentarlo por causa de la justicia. Existen situaciones extremas en las cuales una esposa obediente debería alejarse junto con sus hijos de su esposo si la permanencia a su lado implica el riesgo de daño físico. Sin embargo, aun en ese caso, una mujer puede y debe respetar a su esposo, pues su propósito no es desestimarle ni oponerse a él, sino ver la restauración de Dios en la vida de él. Si ella provoca que la situación empeore con sus actitudes, palabras y conducta va a interferir con los planes de Dios para la vida de su esposo y no podrá pedirle a Dios su protección o ayuda.

Si alguna mujer está en dicha situación extrema debe pedirle a Dios que la guíe a algún consejero espiritual, si es posible uno de los ancianos o líderes espirituales de su iglesia. El punto central de la sumisión en realidad se resume en nuestra disposición a confiar en Dios y a someternos a su autoridad. Si estamos dispuestas a obedecerlo, no nos parecerá tan difícil o amenazante someternos a las autoridades que Él ha puesto en nuestras vidas.

Proverbios 21:1 nos inspira seguridad con estas palabras: “En las manos del Señor el corazón del rey es como un río: sigue el curso que el Señor le ha trazado”. Nuestra disposición a someternos a la autoridad delegada por Dios evidencia qué tanto creemos en Dios mismo. La verdad es que hay una autoridad suprema que controla toda autoridad humana. En última instancia, ningún ser humano controla nuestra vida, y la sumisión nos pone bajo el amparo y la protección de nuestro sabio y Todopoderoso Padre que controla “el corazón del rey”. Lo que debemos preguntarnos es: ¿En realidad creemos que Dios está por encima de cualquier autoridad humana? ¿Creemos que es tan poderoso como para cambiar el corazón de dicha autoridad si fuera necesario? ¿Creemos que en su grandeza puede protegernos si nos sometemos de manera legítima a la autoridad? ¿Creemos que sabe lo que más nos conviene y estamos dispuestas a confiar en que cumplirá su plan eterno y perfecto para nuestra vida? La verdad que vimos en **1 Pedro 3:1-2** es que la sumisión de la esposa a su esposo posibilita la obra de Dios en su corazón para traerlo a la obediencia. Pedro prosigue su enseñanza al decir que una actitud sumisa produce en una mujer la belleza más radiante y duradera (**1P.3:3-6**). La sumisión de una esposa a su esposo, sin importar cuál sea la condición espiritual de él, en realidad la libera del temor al depositar su confianza en Dios, quien en última instancia lo controla a él y las circunstancias.

Dios dijo que el hombre necesita una ayuda. La verdadera mujer se goza en ese llamado y se convierte en una aliada en vez de una adversaria, es compasiva y no dominante, es compañera más que protagonista. Somete su vida de corazón y no en apariencia. La verdadera mujer no teme someterse. No tiene que pelear para lograr algo, ni necesita tener el control. Sus temores desaparecen a la luz del pacto divino que le promete el respaldo y la vida de Dios en ella. La sumisión no es más que la evidencia de su confianza en el poder soberano del Señor su Dios.



25. SI MI ESPOSO ES APÁTICO DEBO TOMAR LA INICIATIVA O NADA SE HARÁ

No hay muchos temas que generen mayor frustración en las mujeres que el de los “hombres pasivos”. Como todos los asuntos que hemos visto, este no es un problema nuevo. Y como sucede con tantos otros, se remonta al Huerto del Edén: “Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer... tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella” (**Gn.3:6**). Están juntos en el huerto. La serpiente se acerca, pasa de largo frente al hombre e irrumpe en una conversación con la mujer en pleno conocimiento de que Dios la ha puesto bajo la autoridad de su esposo y que ambos a su vez están bajo la autoridad de Dios. (Notemos la estrategia de Satanás de infringir la estructura de autoridad puesta por Dios al dirigirse a la mujer). Satanás comienza la conversación con la pregunta: ¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? (**Gn.3:1**).

Observemos lo que la mujer pasa por alto en ese momento. Ella ignora a su esposo que está justo a su lado. No le dijo a la serpiente: “Me gustaría presentarte a mi esposo”. No se volvió a su esposo para decirle: “Querido, en tu opinión ¿qué deberíamos responder?”, o “Adán, ¿por qué no le cuentas lo que Dios te dijo?” Sostuvo toda la conversación con la serpiente como si su esposo no estuviera allí. Además, en el momento de tomar una decisión ella se hace cargo de todo el asunto. No le pide consejo a su esposo, no pide su dirección ni su opinión. Solo hace las cosas: “tomó de su fruto, y comió” (v.6). Y ¿qué hace Adán todo ese tiempo? Hace lo que tantas mujeres les reprochan a su esposo todo el tiempo: Nada. No interviene. No participa, excepto para comer del fruto después del ofrecimiento de su esposa. En un instante los papeles se invierten.

Dios creó al hombre primero y le encomendó la responsabilidad de dirigir y alimentar a quienes estaban bajo su cuidado. La mujer, creada a partir del hombre, fue hecha para recibir, para responder a la iniciativa de su esposo. Aun las diferencias fisiológicas entre hombres y mujeres evidencian esta diferencia fundamental. Ahora bien, ¿quién dirige y quién alimenta en este relato? No es el hombre, sino la mujer. Y ¿quién responde? No la mujer sino el hombre. Algo está mal en esta escena. Y desde entonces, el mismo error ha estado presente en los hijos e hijas de esta primera pareja. Esa inversión de roles se convirtió en la norma para las relaciones entre hombres y mujeres.

Desde aquel fatídico día en el Edén, el impulso natural de la mujer ha sido controlar a su esposo, gobernar por encima y actuar en independencia de él. Nuestra tendencia natural es tomar las riendas, tomar la iniciativa. Sin embargo, lo irónico es que justo por la manera como fuimos creadas por Dios, anhelamos responder a la iniciativa y ver que los hombres emprenden la acción. Al igual que sucedió a Adán y Eva en el huerto, nuestro instinto es culpar al otro por este problema. Las mujeres somos prontas para culpar a los hombres por su pasividad y argüimos que si no fueran indiferentes, si tan solo hicieran algo, nosotras dejaríamos de resolver las cosas por nuestra cuenta.

Ante la pasividad de los esposos muchas mujeres se han sentido forzadas a hacer algo:

- ❖ “Mi esposo no piensa salir a trabajar. Si yo no saliera a conseguir trabajo ¡nos moriríamos de hambre!”
- ❖ “Si dejo que mi esposo dirija los asuntos financieros nos llevaría a la bancarrota”.
- ❖ Nunca va a participar en la vida de los niños. Si yo no los disciplinara y les enseñara lo que es correcto se echarían a perder”.

Como mujeres tenemos la culpa al desmotivar y proscribir a los hombres con nuestra prontitud al tomar el mando en vez de esperar en el Señor para motivarlos a actuar. Con mucha facilidad podemos minar cualquier deseo en ellos para dirigir las cosas. Para empeorarlo todo, cada vez que actúan, las mujeres pretendemos animarlos y apoyarlos corrigiéndolos y diciéndoles cómo hubieran podido hacerlo mejor.

No podemos insistir en hacerlo todo y luego esperar que los hombres sean activos, tomen la iniciativa y asuman su papel de “líderes espirituales”. En ocasiones se les ha preguntado a las mujeres que se sienten frustradas por la pasividad de su esposo: ¿Qué sucedería si dejaras de irrumpir en la situación para manejarla? ¿Piensas que es tu deber trabajar porque tu esposo no busca un empleo? ¿Sientes que debes encargarte de las finanzas porque él es

irresponsable con el dinero? Tal vez resulte en bancarrota. Y tal vez eso sea lo que Dios use para llamar su atención y cambiar su carácter. Debes estar dispuesta a dejarlo que falle, con la certeza de que en última instancia tu seguridad no depende de él, sino de un Dios soberano que no falla. Sara sobresale en la Biblia como una mujer ejemplar que respetó y obedeció a su esposo. Sin embargo, por lo menos en una ocasión prefirió actuar más rápido que Dios y cayó en la trampa de tomar las riendas. Dios le había prometido a su esposo Abraham que su descendencia se convertiría en una gran nación. Ahora ella tenía setenta y seis años y aún no quedaba encinta. Se impacientó y decidió que alguien debía hacer algo, así que presionó a su esposo para que actuara (**Gn.16:1-2**).

Sara recurrió a una práctica común en su época que consistía en darle a una mujer estéril la posibilidad de tener un hijo por medio de una de sus siervas. En un principio el plan de Sara parecía funcionar muy bien. Agar pronto concibió. Sin embargo, más adelante la situación se tornó amarga, la relación entre las dos mujeres se volvió insoportable, y por último Sara decidió volverse a Abraham para decirle: ¡Tú tienes la culpa de mi afrenta! (**Gn.16:5**). Trece años después Sara tenía noventa años y Dios obró de forma sobrenatural para darles a ella y a su esposo su propio hijo. Isaac traería gran bendición a la pareja ya anciana, así como a cada generación por venir. Por el contrario, Ismael, que fue el hijo nacido de la unión de Abraham y Agar, llegó a ser una fuente permanente de conflicto y dolor. ¿Cuántas veces Sara pudo haberse reprochado: “¿Por qué no esperé en el Señor? ¿Por qué asumí el control de la situación?”

Somos capaces de hacernos cargo de los asuntos y aun ver resultados inmediatos. No obstante, por lo general terminamos con un sabor amargo, resentidas y tal vez culpando a los que en nuestra opinión nos forzaron a actuar. ¿Qué nos puede liberar del impulso de controlar a los hombres? Debemos aprender a esperar en el Señor, pues a su tiempo y a su manera Él obrará a favor de quienes esperan en Él (**Salmo 27:14**).



26. ALGUNAS VECES EL DIVORCIO ES MEJOR OPCIÓN QUE SOPORTAR UN MATRIMONIO INFELIZ

Muchas veces Satanás nos hace creer que no existe un camino “correcto” para enfrentar una situación que parece irremediable. Este engaño ha fomentado una cultura marcada por los matrimonios destruidos. Lo cierto es que el matrimonio es difícil, y toda pareja casada es “incompatible” por la simple razón de que los hombres y las mujeres son tan diferentes, sin hablar del hecho de que en cada matrimonio hay dos personas que son egoístas por naturaleza. Cualquier pareja que vive bajo el mismo techo va a sentirse ofendida en algunas ocasiones, van a herirse el uno al otro, enfrentará malentendidos y pasarán por alto las necesidades del otro. El único lugar donde las personas se casan y “viven felices para siempre” es en los cuentos de hadas. Nunca, desde Génesis 3, ha existido algo que se parezca a un matrimonio fácil y sin dolor.

Aun antes de que una pareja diga el “sí” en el altar, la serpiente ya ha alzado su cabeza y se prepara para destruir su matrimonio. El sabe que cada divorcio atenta contra el carácter de Dios y el concepto terrenal de la redención divina. Antes de que termine la ceremonia matrimonial Satanás ya busca la ocasión de plantar semillas de engaño en el corazón de los recién casados. El engaño por lo general no comienza con mentiras completas y evidentes

que se desearían de inmediato. Comienza con verdades a medias con algún ingrediente engañoso. Entra con sutileza a través de pensamientos y emociones que parecen verdad. Así, es posible que tu recién casado esposo olvide el segundo aniversario del día en el que se conocieron. O tal vez él:

- Llega una hora tarde a la cita y olvida llamar.
- Les dice a sus padres que los acompañarán en Navidad mientras tú pensabas pasar la temporada con los tuyos.
- O cualquier otra "ofensa" entre miles.

Para alimentar la ofensa, en vez de tomar la decisión de perdonar y olvidar el asunto, se abre el camino al engaño que crecerá y se fortalecerá con el paso del tiempo:

- Siempre es desconsiderado.
- No le importa herirme.
- No soporto vivir con él.
- Nunca cambiará.
- Es mejor divorciarse que soportar un matrimonio infeliz.
- No tengo opción. Ya no puedo seguir a su lado.

La esposa que piensa de ese modo ha llegado a la convicción de que su esposo es el único culpable (o por lo menos en gran parte). No puede ver las faltas e imperfecciones en su propia vida, o al menos no le molestan tanto como las de él. Ve los defectos de su esposo con un microscopio, y las suyas a través de un telescopio. No se considera una pecadora que necesita, tanto como él, la gracia de Dios. Además, su vida gira alrededor de sí misma, su felicidad y sus sufrimientos. Está más preocupada por solucionar sus problemas y suplir sus necesidades que por restaurar o santificar su vida y la de su esposo. Es incapaz de entender cómo Dios puede usar su vida como un instrumento de su gracia en la vida de su esposo, o no le interesa pagar el precio que implica serlo.

Lo más grave es que saca por completo a Dios de la escena. No contempla los propósitos divinos para su matrimonio. Tampoco puede comprender la manera como las faltas de su esposo y las dificultades matrimoniales podrían aportar al cumplimiento de dichos propósitos. No tiene fe en el poder sobrenatural de Dios para transformar su propia vida y la de su esposo, así como su matrimonio en algo hermoso y admirable. Al querer deshacerse del matrimonio antepone su propia felicidad y bienestar a la voluntad de Dios en cuanto a la permanencia del voto matrimonial y la gravedad de quebrantarlo.

Si una persona no deja que sus heridas sanen con la ayuda de Dios, pueden llegar cosas jamás imaginadas, y a justificar decisiones antes inconcebibles. La dureza de corazón y la desesperanza que experimentan son la prueba inequívoca de que fueron atrapadas por la mentira del engañador. El único camino para romper el círculo y ser libres es rechazar las mentiras que han cautivado la mente y las emociones, y enfrentarlas con la verdad tal como Dios la revela en su Palabra. La verdad es que:

- Ningún matrimonio es caso perdido. No hay personas a quienes Dios no pueda cambiar.
- El propósito primordial del matrimonio no es ser feliz, sino glorificar a Dios y reflejar su amor comprometido y redentor.
- Dios usa las asperezas de cada cónyuge en un matrimonio para moldearlo en la semejanza de Cristo. Las debilidades de tu pareja pueden ser una herramienta en las manos de Dios para hacer de ti la mujer que Él planificó desde el principio.
- El verdadero amor, que es el amor de Dios, es incondicional y nunca falla. No podemos llegar a amar así a otro ser humano en nuestras propias fuerzas. En cambio, Dios sí puede amar a cualquier persona por medio de nosotras aunque nuestros sentimientos sean contrarios.
- El matrimonio es un pacto. Dios se caracteriza por guardar sus pactos. Él mantuvo sus promesas al pueblo de Israel aunque este cometió adulterio espiritual y buscó el amor en otros dioses (**Jer.11:10; Ez.20:16; Os.2:13**). El Señor Jesús guarda las promesas que le ha hecho a su Novia, la Iglesia, a pesar de que nosotros también somos infieles. Por causa de su fidelidad a sus promesas, siempre será indebido romper el pacto matrimonial cuyo fin es reflejar la relación entre Dios y su pueblo.
- Dios nos ha ordenado perdonar sin límites.
- Tu fidelidad y disposición para amar con sacrificio a tu esposo puede ser el medio para lograr su sanidad espiritual, así como el sufrimiento de Cristo fue el medio por el cual fuimos sanados (**1P.2:24-25; 1Co. 7:12-14**).
- Tus problemas no se resuelven con otro matrimonio.
- La gracia de Dios es suficiente para que seas fiel y ames y perdones a tu esposo sin reservas.
- Dios nunca te abandonará. Sin importar cuánto debas soportar, Él te sostendrá todo el tiempo.
- Las recompensas por ser fiel en esta vida tal vez solo se vean en la eternidad. Sin embargo, ¡puedes estar segura de que las recibirás, y de que habrá valido la pena!

- Renovemos nuestra manera de pensar con la Palabra de Dios. Leamos los siguientes pasajes y analicemos ¿Qué revelan acerca de la idea de Dios acerca del matrimonio y del papel de la esposa?

MARCOS 10:6-9

PROVERBIOS 31:10-12

EFESIOS 5:22-24, 32-33

1 TIMOTEO 5: 9-10

1 PEDRO 3:1-6

*¡El perdón es el único camino
Para recibir lo mejor de Dios!*



 **PÍDELE A DIOS QUE TE AYUDE**
A CAMINAR EN LA VERDAD 

Padre mío, te doy gracias por haber creado la institución del matrimonio. Gracias porque es el reflejo de tu amor comprometido, de tu precioso plan redentor y de la relación que el Señor Jesús tiene con su Iglesia. Te pido que me reveles en qué he aceptado o suscitado ideas del matrimonio que no se ajustan por completo a la Biblia. Reconozco que aun el mejor matrimonio no alcanza el nivel que Tú has dispuesto porque somos orgullosos y egoístas. Te doy gracias porque en tu gracia haces posible que los hombres amen y dirijan a sus esposas así como Cristo ama y dirige a su novia, y que las mujeres respetemos y nos sometamos a nuestros esposos como la Iglesia lo hace con su Novio.

(Oración para mujeres casadas): Así como Tú eres fiel a tu pacto yo me comprometo a ser fiel a mi esposo mientras vivamos. Te pido que me ayudes a amarlo como Tú mandas (Tito 2:4), a perdonarlo y a soportar sus flaquezas, a honrarlo como mi cabeza y a someterme a él de tal modo que otros lleguen a someterse a Cristo. Revísteme de un espíritu suave, apacible y puro para que mi esposo sea ganado para ti a pesar de que algunos aspectos aún no camine en obediencia.

(Oración para mujeres solteras): ayúdame a animar, proteger y cuidar los matrimonios de otros. Mantenme pura, y que nunca contamine el pacto sagrado del matrimonio de otra persona. Gracias por mi Señor Jesús, que es mi Novio celestial. Que pueda consagrarme por completo a Él, cultivar la unidad con Él, y estar contenta que Él es suficiente para mí. En el nombre de Jesús. Amén.